



CAPÍTULO NOVENO

I

EN su cuarto blanco de la casa que unos pescadores, por indicaciones y empeño de Agueda Pía y de su madre, le alquilaron, junto al mar, á estas avanzadas horas de la noche, el Constructor escribe.

Ha recibido, hace tres días, la segunda carta de Mónica Poldo, desde que está instalado, á orillas del Mediterráneo.

Marco Fortis está desconocido.

Y la última carta de Mónica Poldo, escrita con tinta roja sobre papel ceniza obscuro, que tiene abierta sobre la mesa, al alcance de sus ojos, bajo la lámpara, dá, en algunos párrafos, testimonio pleno del camino andado desde

aquella noche de Venecia, por el alma del Constructor.

«¿Es V. feliz, querido Marco...? Aunque no leo sin experimentar cierta tristeza estas palabras, me alegro de su felicidad, lejos de mí, mi pobre amigo».

Casi toda la carta de Mónica Poldo viene escrita en este tono melancólico que oscila entre la piedad y la ironía. Ella ha cambiado también, sintiendo desde lejos la influencia del cambio de Marco.

«Veo á su lado una mujer. No haga esfuerzos por ocultarme la noticia, Marco, porque la tenía descontada. Le diré más. La quería; la deseaba. Porque llegara este momento, pasé por la amargura un poco grotesca, un mucho insípida de nuestra despedida...»

«¿Ahora tiene V. la plena conciencia de su fuerza...? Adivino la escena, á través de estas palabras, como si la mirara por la diafanidad de un cristal... Habrá usted tenido una de sus bruscas genialidades infantiles y ella ha llorado... ¡Oh, he aquí la clave y la plena conciencia de su fuerza, señor déspota inocente, que yo nunca pude darle...! ¡Dulces, verdad, las lágrimas que hacemos correr, casi sin esfuerzo, y que se desgranán, como las notas de un clave remoto, cantando el poema de nuestro dominio...? ¿Empieza V. á comprender

ciertas durezas, ciertas brusquedades, ciertos rigores míos...? Pero, ahora, ¿de qué le sirve, amigo antiguo, esclavo manumiso, esta comprensión tardía...? ¿Necesita V. más que las blandas obediencias, las lágrimas facilísimas de la dulce provinciana que le adora...?»

Y en estos párrafos precisamente es donde la escritura, intencionadamente gráfica de la Embajadora—fuego y ceniza—adquiere un prestigio tentador, satánico.

«Porque—prosigue la Esfinge—no tenga usted devaneos de amor propio. Considérelo como quiera—y considérelo, porque ello ha de serle útil para su obra—es usted un prófugo del Imperio... ¡Ah, Provincia, Provincia, Provincia, realidad grasa, fuerza sin dictámen, riqueza tributaria, carne blanda, á la vez brazo y alimento del Imperio...! ¿Ve V. mejor su obra? ¿són esto ideas generales, todavía...?»

Y naturalmente, Mónica Poldo, cediendo á la inclinación irresistible de su espíritu por las cosas generales, espirituales, intelectuales, secas, elevadas á significación aridísima, sigue discutiendo acerca de la Provincia y del Imperio, como en la noche aquella de Venecia, durante cuatro apretados párrafos, que Marco Fortis se cansa de leer.

¡Ah, está cambiado; muy cambiado...!

II

Pero el tema querido vuelve á retoñar un poco más abajo:

«No me conteste V... No pierda el tiempo... Dígame sólo una cosa, ¿trabaja? ¿En qué obra le ha metido *ella*...? Porque su espíritu de V., pobre amigo, será esclavo siempre... No es V., con toda la conciencia de su fuerza, un hombre para imposiciones... Naturalmente generoso, porque la superioridad de su alma es un hecho, se librárá muy bien de hacer sufrir á la dispensadora... Van á ser para ella las primeras flores sentimentales de su alma... Lo estoy viendo desde aquí: una obra pía, devota, ligeramente funeraria, porque el grande amor baluceante roza con la muerte; una obra para soñar, para recordar, tal vez para rezar... ¡Oh, no lo niegue V., mi buen amigo...! Estoy segura; segurísima; *debe ser así*...»

A Marco Fortis le desconcertaban estas adivinaciones de su amiga, sentía rebeldías inusitadas dentro de su alma. Habría querido poder negar todas aquellas certeras intuiciones de Mónica Poldo... Le parecía que, de un modo más refinado que antes, y mientras la Embajadora siguiera leyendo con tanta facilidad en su corazón, seguía siendo su esclavo.

Le molestaba, le disgustaba la vulgarísima y trivialísima hilación de su aventura tan usual, tan ordinaria, tan natural, tan lógica, que Mónica Poldo, sin conocerla, podía seguirla paso á paso, con esta seguridad, desde Venecia.

Toda la fresca virginidad de sus amores se le desvanecía entre los intencionados artificios hipotéticos de la Embajadora.

Comenzaba á considerar cuanto le estaba sucediendo, no como una sagrada y espontánea consecuencia de las cosas infinitamente potentes y virtuales en su espiritualidad, sino como resultado de una astucia monstruosa, de un cálculo prévio y frío de su amiga.

¿Por qué—si no—aquellas repetidas alusiones á la noche de su despedida...? Ella decía que había previsto: que había *querido* que llegara aquel momento... ¡Oh, venenosa influencia de esta frase...! ¿Sabía Mónica Poldo todo el ácido corrosivo que fluía de ella...? ¿Era una vanidad involuntaria de su alma despechada...? ¿Era sólo un fingimiento...? ¿Era la franqueza enfermiza de un criminal que se delata...?

De todos modos aquella frase había arruinado positivamente el edificio blanco de la regeneración de Marco Fortis...

En el colorido fruto paradisial de sus amores, acababa de dejar aquella frase los gusanos de la descomposición.

¡Ah, las almas de hoy, las almas de hoy! ¡Cuesta tanto, cuando se ha hablado de *personalidad*, avenirnos de nuevo con la santa vulgaridad de la Naturaleza!

III

Mónica Poldo continuaba:

«Una buena noticia para V., querido amigo. Ahora la diplomacia bulle en sus cuarteles de verano. El Conde sale para Carlsbad, Marienbad, Varsovia... ¡una *tournée*...! Decididamente tenemos que renunciar á nuestro viaje á España, por ahora... Cierto que el Conde acaba de rogarme que lo haga yo sola... No sabe, el Conde... Imagina que su famosa obra, tantas veces anunciada, debe estar ya casi terminada... Pero yo renuncié al pobrísimo papel de confidente juiciosa y maternal que su nueva situación de espíritu me hace presentir... ¡Muy hermoso todo eso, mi querido Marco! pero ¡tan grasol ¡tan Provinciana...! Además... ¿por qué no decirlo todo? Ahora no hay peligro. Además, me tengo miedo. Aunque no lo puede usted creer, le tengo cariño; mucho y positivo cariño á la dulce mujercita que

ha sabido poner en las secas arenas, con espejismos alucinantes, de su espíritu, un poco de barro humano... Le tengo cariño y le tengo odio al mismo tiempo... Desde lejos espero no hacerle ningún daño;... V., que afortunadamente es un artista, puede resistir, según me ha dicho muchas veces, al influjo de las ideas generales... No creo que, desde lejos, la idea que tenga V. de mí le haga ningún daño á la *cosa concreta* que debe ser para V., en este momento, su dulce provinciana... Pero, si no resisto á la tentación del viaje y á mi vez me convierto en *cosa concreta* junto á usted, al lado mismo de la mujercita que V. ame—no lo niegue V.—que usted ama, ¿no sería una cosa cruel hacerle sombra...? Perdón, amigo Marco Fortis: ha sonreído V., escéptico, en este momento, y esta sonrisa no está bien... La plena conciencia de su fuerza es un engaño más, querido amigo. Se cree usted dueño de sus sentimientos y es el esclavo de sus pasiones... Cree V. que ama á la mujercita y su amor no pasa de un agradecimiento muy dulce por el reposo de espíritu que le debe V... Se ha visto en ella más humano y más bueno que en el acero bruñido de mi alma... Sí; cree V. amarla; mientras yo quiera, usted la amará...

Por lo mismo, por lo mismo, Marco,

basta de luchas; tregua á esta tragedia: resignémonos... Mejor dicho, olvidemos.

Yo no iré á España. Viva V. en paz; ame en paz; muera en paz...»

IV

Tres días ha estado madurando Marco Fortis la contestación á esta especie de reto lanzado desde Venecia, como una tentación y una promesa, por la mano perfumada y eficaz de Mónica Poldo.

Son los tres días de angustia que han provocado la escena á que acabamos de asistir entre Agueda Pía y su madre.

Esta acababa de arropar cuidadosamente á su Nena; la había visto adormecerse poco á poco, había matado la luz de la lámpara, y estaba saliendo descalza, por no hacer ruido, del cuartito virginal, cuando Marco Fortis, con una extraordinaria sangre fría, acababa de poner su rúbrica á esta carta:

«Deseuento, egregia amiga, las amables fantasías que se empeña V. en tejer, armar y disponer, como una decoración adulatora y pomposa, entorno de mi alma.

»Soy el de siempre.

»Venga V. á España ó deje de venir. En ambos casos, haga V. plenamente su voluntad. Prescinda de Marco Fortis, si es verdad que un día tuvo V. por él algo que V. misma quiso llamar *solicitud maternal*.

»Y de todas maneras, querida amiga sea V. franca, llana, sincera, natural conmigo.

»Quisiera poderle decir una infinidad de cosas insignificantes, suaves, banalísimas que todos estos tiempos había pensado para V. Quizás esto no sea posible nunca. Por de pronto, hoy, á pesar de todos mis esfuerzos, me va siendo imposible prolongar esta carta sin estampar en ella algún concepto de los que antes usábamos, entre nosotros.

»¡Antes...! ¿Tendrá V. razón...? ¿Habrá pasado algo por mi alma?

»¡Oh, si fuera verdad, estoy dispuesto á defenderlo con los dientes y las uñas! Mónica Poldo, no tenga nuevas dudas: nada alterará la paz de mi espíritu, si una vez la encuentro.

»¡Trabajo; sí...! Pero ¿á qué hablarle de mis trabajos...? ¿Es verdad que le interesan?

»Decididamente: venga V.

»No quiero engañarme á mí mismo. Quiero estar seguro de mi felicidad ó mi desgracia. Ni tragedia ni felicidad artificial. ¡Los cuatro vientos sobre mi alma

y que la torre de mi destino resista, si está bien construída para ello!

»Suyo, hasta pronto.

Marco Fortis.»

V

Cerró el sobre. Dió un respiro.

—Mónica Poldo vendrá—se dijo.

Salió á la calle.

El pueblecito dormía. Subió aquella cuestecita conocida: llegó frente al buzón enano por donde fluían y reflúan en el pueblecito las palpitaciones fervientes de la vida universal.

Dejó su carta...

Aunque Marco Fortis había cambiado algo; aunque aquella decisión, largamente madurada, era uno de los primeros actos de su voluntad rediviva; aunque no vaciló su corazón, ni tuvo que borrar una sola frase de la carta escrita, todavía Marco Fortis no estaba tan seguro de sí mismo que se expusiera á dejar aquella carta sobre su mesa de trabajo, sujeta á las oscilaciones de sus dudas, una noche entera.

Sintióse aliviado de un gran peso, cuando, desapareciendo su carta en el buzón, tuvo la seguridad del paso aquel...

—*Alea jacta est!* debió cantar, en sus entrañas, un eco ancestral.

Y entonces, *solo entonces*, con infinita piedad, acaso con infinito y más vehementemente amor que nunca, se atrevió á pensar en Agueda Pía.

—¿Qué va á ser de ella?

Y en seguida, con mayor zozobra, con un poco de egoísmo quejumbroso:

—¿Qué va á ser de *nosotros?*